

## LEYENDA PRIMERA.

### LA PRINCESA DOÑA LUZ.

#### I.

#### LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche  
A mas de húmeda y medrosa,  
Que el pabellon de los cielos  
Confusas nieblas embozan.  
Se afana en vano la vista  
Para registrar la sombra  
Porque la menor distancia  
Los objetos encapota.  
Desiertas están las calles,  
Las puertas cerradas todas,  
Las centinelas ocultas  
Y bajo techo las rondas.  
No hay una sola ventana  
En donde aceche ó se esconda  
Una doncella atrevida  
Ni una madre recelosa.  
Ni hay en reja ni en esquina  
Galan que yerto se exponga  
Las monótonas goteras  
A contar una tras otra.  
Que es asaz cruda la noche  
Y el cierzo sutil que sopla  
Deja las manos sin brios  
Para asir de la tizona.  
Solo en una torrecilla  
Del alcázar donde moran  
Los reyes, brilla una luz  
Tras unos vidrios dudosa,  
Tan débil y tan opaca  
Que apenas no se coloran  
Las ricas alegorias  
Con que los vidrios se adornan.  
Mas al exámen prolijo

De vista escudriñadora  
Se alcanza que en este instante  
Quien vive allí no reposa.  
Pues aunque hay unas cortinas  
Que las vidrieras entoldan,  
Oscilan continuamente  
Luces produciendo y sombras.  
Y apelando á unos zelillos  
O á una recta y buena lógica  
Pudiera darse en que hay dentro  
Desvelada una persona,  
Que sin descanso pasea  
La estancia, y dando á la atmósfera  
Movimiento, el de los lienzos  
Con cada paso ocasiona.  
La verdad es que allí dentro  
Está pasando á estas horas  
Una escena que sin duda  
Mucho saber nos importa;  
Si no por lo que interesa  
A quien esto lea ú oiga,  
Por nuestra naturaleza  
Entremetida y curiosa.

En un sillón de dos brazos,  
La faz y la vista torva  
Descolorido el semblante  
Y entre ofendida y llorosa  
(Aunque en nudos de respeto  
Aprisionada la boca)  
La princesa doña Luz,  
Con su silencio razona.  
Y su apostura modesta,  
Y su calma majestuosa  
Por su causa buena ó mala  
Imperiosamente abogan.  
El rey Egica su tío  
Sin disimular su cólera,  
Mide sin compás ante ella  
A largos pasos la alfombra.  
Y su barba mal peinada,  
Y las cejas negras, cerdosas,  
Sus labios trémulos, pálidos,  
Y la aspiracion que sorda  
Del aire que le circunda  
Tan difícilmente toma,

Le semejan á una fiera  
Cuanto enjaulada rabiosa.  
Paróse en medio la estancia  
Por fin, y en su encantadora  
Sobrino puso los ojos  
Dó la rabia se le asoma;  
Y él altivo y ella humilde,  
Él feroz, ella medrosa  
Bien comparárseles puede  
Al milano y la paloma.  
Por último el rey la dijo,  
Con voz destemplada y cóncava:  
—¿Con que ello es que lo desprecias  
Mozuela atrevida y loca?  
¿Con que tienes en tan poco  
Mi cariño y mi persona  
Cuya dueña hacerte quise  
Por hacerte venturosa?—  
A cuyas palabras necias  
Insolentes é injuriosas  
Subió al rostro de la infanta  
Todo el carmin de la honra.  
—Mirad lo que hablais, repuso,  
Que una sangre no es propia,  
Y aquí somos dos mujeres  
Y no hay mas que una corona.  
Para dama, no he nacido,  
Si vuestra intencion es otra  
Ventura y razon os faltan  
Y resolucion me sobra.  
—Y amor en otro parece...  
—Eso, tío, no os importa,  
Basta que no os quiera á vos  
Para lo que á entrambos toca.  
—Pues probaremos entrambos  
Nuestra fortuna, señora,  
Y si hay galan de por medio  
Cuidad bien que no os le coja,  
Porque ya sabeis que hay leyes  
Que queman á las sin honra,  
Y que es sentencia que dada  
Ni el mismo rey la revoca.  
Y esto hablando el rey Egica  
En el manto se reboza

Y dando un fuerte portazo  
Dejó á la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo  
Doña Luz, y en su congoja  
Soltó las riendas al llanto  
Que á sus párpados se agolpa.  
Llenó el aire de suspiros,  
Se mesó la faz hermosa,  
Y la belleza maldijo  
Que con pesares la agobia.  
Destrenzóse los cabellos,  
Arrojó al suelo la toca,  
Pisó los ricos collares,  
Y renegó de las joyas,  
Y renegó de la sangre  
Heredada, régia, y goda  
Que á ocultar tenaz la obliga  
Su inspiracion amorosa:  
Y desesperada al cabo  
Dirigióse hácia la alcoba  
Sin dar aviso á sus damas  
Que la descifran las ropas.  
Las lágrimas á los ojos  
Mas que nunca abrasadoras,  
Mas triste que nunca estuvo  
Llena de negras memorias,  
Iba á soplar en la lámpara  
Soledad ansiando y sombra,  
Cuando á una puerta excusada  
Sonó señal cautelosa.  
—¡Luz mia! dijeron, ¡Luz  
De mi esperanza! ¿estás sola?  
E introduciendo una llave  
Se abrió la puerta en dos hojas.  
—«¡Amor mio! exclamó el mozo.  
—¿Eres tú? dijo la hermosa,  
Y se tendieron los brazos,  
Y se besaron las bocas.  
—¿Tú has llorado, Luz?  
—Y mucho.  
—¿Pues hay razon?  
—Poderosa!  
—¡Por Dios, alma de mi alma,

Que me digas quién te enoja!  
—Está léjos de tu alcance.  
—¿Léjos? ¡por Nuestra Señora  
Que como espectro no sea  
Ha de pesarle su obra!  
Dime su nombre.  
—Mi tío.  
—Tu tío! Luz, estás loca!  
—Mi tío, el rey.  
—¡Por San Pablo!  
Jamás pensara tal cosa,  
¡Él, que tanto te queria!  
—Esa es mi desdicha toda  
Que hoy de mi amor se consume  
En la hoguera licenciosa.  
—Eso mas?  
—Vino á mi estancia  
De noche, solo, á deshora,  
Besó mis plantas de hinojos  
Y con palabras fogosas  
Me vino á decir las ansias  
Que su corazon devoran.  
—¿Y tú, Luz?  
—Yo le he tirado  
A la cara su corona.  
Yo te amo y nunca tu imágen  
Del corazon se me borra.  
Y á las caricias tornaron,  
Y á las confianzas propias,  
De quien idólatra encuentra  
Siempre firme á quien adora.  
—Mira Luz (dijo el mancebo),  
Nuestras visitas se acortan  
Cada dia, y mas dificiles  
Me van siendo y mas penosas.  
Hay ojos que nos escuchan,  
Y envidiosos que me rondan,  
Y se aportilla tu honor,  
Y mi dicha se malogra,  
¿Quieres otorgarme un bien?  
—Un bien? tú mismo le toma,

Qué puedo negarte yo?  
¿Cuál es?

—Que seas mi esposa.

—Y el rey?

—Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora

De el cielo que nos escucha

Y por nosotros aboga?

Ven, ante esta santa imágen

De la Concepcion te postra,

Y júrame que eres mía.

—Si que lo juro, y gustosa

Te doy mi vida y mi alma

Que lejos de tí me estorban.

—Y yo te juro amor mio,

Ante esa Virgen piadosa

Ser tuyo aunque á nuestro amor

El universo se oponga.

Y una y otra vez juraron

Asi de hinojos, y á solas

Adorarse hasta la muerte

Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,

Y con furia asoladora

Cruzaba el viento bramando

Entre las almenas góticas.

Estrellábanse en los vidrios

Las arrobatadas gotas,

Y en el nocturno silencio

De aquella tiniobla lóbrega,

Duraba en la torrecilla

Donde la princesa mora

Aquella luz que brillaba

Tras de los vidrios dudosa.

Mas ya no es interrumpido

Su reflejo por la sombra

De las cortinas movidas

Al paso de una persona.

Todo permanece quieto,

Tranquilo está todo ahora

Y es claro que quien la habita

O vive ausente, ó reposa.

Y allá mas tarde calmada

La tormenta, y ya la aurora

Vecina al nublado oriente

Se apagó la misteriosa

Luz, y por postigo oculto

Con precaucion previsora

Bajó al puente de Alcántara

Un bulto de humana forma.

Pasó la siguiente noche,

Y pasaron otra y otras,

Y siempre ardia la luz

Hasta el alba, en cuya hora

Bajaba á la puente misma

La misma figura lóbrega,

Embozada, solitaria,

Recatada y recelosa.

Y asi se fueron pasando

Noches tras noches, y en todas

Al apagarse la luz

Aparecia la sombra.

Y allá á lo lejos se via

Por la ribera arenosa

Huir un hombre al escape

De un potro negro que monta

## II.

### AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,

Y doña Luz dió en fingir;

Ella empezó á no salir

Y el rey en la cuenta á dar.

Cerró la infanta su puerta

A sus damas y á su tío,

Achacando este desvío

A una enfermedad incierta.

Y pasó un mes y otro mes

Y seis, y según parece

Doña Luz está en sus trece...

Mas el rey se está en sus tres.

Cada mañana subia

De la infanta al aposento,

Pero, siempre en el momento

En que doña Luz dormia.

Ya por la noche fatal,

Ya porque el mal la acosaba

Nunca para hablar estaba,

E iba adelante su mal.

Si el tío no satisfecho,

Llegaba hasta la cortina

De la alcoba, á su sobrina

Hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices

Indiscreto alzó una vez;

Y halló su pálida tez

Sin sus hermosos matices.

«Luego está enferma verdad!

Dijo, y mordióse los labios,

Añadiendo, mas hay sábios

Que vean su enfermedad.»

Y llamando á sus doctores

Visitarla les mandó

Mas ella les regaló

Con los desaires mayores.

Decia su camarera,

Siempre: *duerme, está en el baño,*

Y no llegara en un año,

Dia en que los recibiera.

*«La noche ha sido muy mala,*

*Yace en un sueño apacible,*

*Despertarla es imposible...»*

Y ellos siempre en la antesala.

Y el rey con noticia tal

Zeloso de la princesa,

La dió iracundo por presa

En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,

Y no excusando cautelas,

La señaló centinelas

Entre sus siervos mas fieles.

En emboscada los puso

A los piés de la escalera,

Muerte amagando á cualquiera

Que tapara algun abuso.

Nadie allí debía entrar

Ni salir noche ni dia,

Mas que Leonor que solia

A la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien cela necio

A dama que le aborrece!

Que mas el peligro crece

Cuanto á su engaño da precio.

Cuanto mas su empeño es

En dar tenaz con su objeto,

Mas de quien vela el secreto

Va creciendo el interés.

Y cuanto mas su tesoro

Guarda afanoso y avaro

Mas pronto, cuanto mas caro,

Se halla quien se venda al oro.

Andaba el zeloso rey

Sin que le bastaran ojos,

Guardas doblando y cerrojos

Y amagando con la ley,

Resuelto á no perdonar

A quien despreció su amor,

Aunque otra mancha mayor

Hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje

Que á hallar falta en la doncella

Habia de hacer en ella

Grave escarmiento y ultraje.

Y á caerle entre las manos

El galan (si al fin le hubiera)

Meririan en la hoguera

Como patanes villanos.

Y así el tío en acechar

Y la sobrina en fingir,

Eslán los dos en seguir

Hasta perder ó ganar.

Ella está en guardar su encierro,

Él en doblar centinelas,

Ella en frustrar sus cautelas,

Y él en preparar su entierro.

Y así van y vienen dias,

Y así amarrados al potro

Siguen la una y el otro

Con su mal y sus porfias.

Hasta que allá en una noche  
 Se oyeron sordas, confusas  
 Y sentidísimas quejas,  
 Que aunque excusarlas procura  
 Quien las exhala, no puede  
 Del todo ahogarlas sin duda,  
 Y se le arrancan del pecho  
 Con desolacion profunda.  
 Ya eran ayes agudísimos  
 De quien con dolores lucha,  
 Ya tristísimos gemidos  
 De una mujer moribunda.  
 Los que oídos por los guardias  
 Que á doña Luz aseguran  
 Interpretacion tomaron  
 De diversas conjeturas.  
 Dijeron unos que acaso  
 Por un gran crimen que oculta  
 La atormentan fieramente  
 Los incubos y las brujas.  
 Otros dijeron que el rey  
 Porque su aficion repulsa  
 Mandóla dar unas yerbas  
 Con que cayó en la locura.  
 Y algunos mas perpicaces  
 Que ambas cosas dificultan,  
 Que haya misterio sospechan  
 Y del misterio murmuran.  
 Así pasó largo tiempo.  
 De la media noche, á cuya  
 Hora cesaron de pronto  
 Aquellos ayes de angustia.  
 Y en las distintas creencias  
 De los crédulos que escuchan,  
 Los unos se condolieron  
 De la apenada hermosura,  
 Los otros de su accidente  
 Juzgaron menos la furia,  
 Y algunos se santiguaron  
 Creyendo en la sombra oscura  
 Sentir huyendo de espiritus  
 Densa y espantada turba,  
 Ante el poder de un conjuro  
 O al resplandor de la luna.  
 Mas brevemente olvidadas

Sus aprensiones nocturnas,  
 Cayeron presa del sueño  
 Que las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila  
 Y aunque la atmósfera enturbian  
 Algunas nubes errantes  
 Raras estrellas la alumbran.  
 Sopla revoltoso el cierzo  
 Y aunque tormentoso nunca  
 Segun por donde se arrastra  
 Silba, gime, brama, ó zumba.  
 Todo en Toledo reposa,  
 Y negra, apiñada y junta  
 Se vé la ciudad que á trechos  
 Ya se oscurece ó se alumbra,  
 Segun que los nubarrones  
 Por ante los astros cruzan.  
 Y allá por entre las peñas  
 Del valle opaco en la hondura  
 Se oye el ronco son del agua  
 Del Tajo que se derrumba,  
 Entre los rudos peñascos  
 Alzando hervorosa espuma.  
 ¡Medrosos sitios son estos;  
 Medrosos por las figuras  
 Informes que representan  
 Y por tradiciones muchas!  
 ¡Misteriosos son aquellos  
 Peñascos y quebraduras,  
 Cuyos contornos se extienden  
 En irregulares curvas,  
 Y en la fantasia toman  
 Forma y variedad difusa,  
 Y vida en el miedo encuentran,  
 Y en las creencias se abultan!  
 Deslizándose en silencio  
 Por su superficie rústica  
 Viene á estas horas bajando  
 Una sombra lenta y muda.  
 Aparicion que nacida  
 En alguna grieta inmunda  
 Vaga de una en otra peña  
 Sobre el aura que la empuja.  
 Pálida ilusion diabólica

Inútil, perdida y única  
 Evocada en un conjuro  
 Pronunciado á la ventura.  
 Doliente imágen de alguno  
 Que mal hallado en su tumba  
 Viene á la orilla del agua  
 De sus recuerdos en busca.  
 Alma penada y maldita  
 Que por ignoradas culpas  
 Desorientada en la noche  
 El mundo á deshora cruza.  
 Pues ni se sienten sus pasos  
 Ni de su peligro cura,  
 Y ya resbala, ya salta,  
 Huye, aparece ó se ofusca;  
 Y ya pisa de las márgenes  
 La arena blanda y menuda,  
 Ya toca al agua, y parece  
 Que consigo misma lucha,  
 Y vuelve do quiera el rostro  
 Con miedo, y se ve que oculta  
 Incomprensible designio  
 Cuya ejecucion la angustia.  
 Al fin la luna amarilla  
 Rasgando las importunas  
 Nubes, de lleno en las rocas  
 Derramó su lumbre pura:  
 Y en este momento rápida  
 Con mano firme y segura  
 Lanzó la sombra un objeto  
 Que rompiendo el agua turbia

Sumióse por un instante  
 En la corriente profunda.  
 Quedó la vision un punto  
 Sobre la ribera húmeda  
 Inmóvil y confundida  
 Entre la sombra y la bruma,  
 Contemplando de las aguas  
 La superficie que arruga,  
 El vientecillo que corre  
 Llevando encontrada ruta.  
 Hasta que en medio del rio  
 Sobre el agua que le impulsa  
 Viendo el objeto que espera  
 Que á la superficie suba,  
 Volvió á alejarse del rio  
 Por entre las peñas rudas  
 Tomando una áspera senda  
 Que los brezos dificultan.  
 Así llegó á la muralla  
 Del real alcázar en cuya  
 Piedra hay abierto un postigo  
 Por resortes que le empujan,  
 Y al sumirse de la sombra  
 Por él la informe figura  
 A merced de una linterna  
 Que tras el postigo alumbraba  
 Se dejó ver claramente  
 Aquella vision nocturna,  
 Que aunque enlutada y medrosa  
 Era una mujer en suma.

Cuanto mas se recataba  
 Doña Luz y resistia,  
 Mas el rey se enfurecia  
 De ver que no la lograba.  
 Llevaban ambos su empeño  
 Con tal resuelto teson,  
 Que ella seguia en prision  
 Y el rey de la torre dueño.  
 Por mas que madrugador  
 Llegaba todos los dias  
 A su puerta, en sus porfias  
 Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio,  
Por mas protestas que hacia  
Doña Luz de él no admitia  
Ni visita ni remedio.

Decia su camarera

Siempre *«duerme.»*—*«Está en el baño.»*

Y no llegara en un año  
Dia en que le recibiera.

*«La noche ha sido tan mala!...*

*La convulsion fue terrible...*

*Despertarla es imposible...»*

Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido  
Con desprecios tan tenaces  
Juró de no hacer las paces  
Ni darse nunca á partido.

Cesó pues en sus visitas,  
Y cesando en su esperanza  
Se dió á buscar su venganza  
Por maneras inauditas.

Seguro que tal desden  
Por otro se le causaba  
Ya solamente trataba  
De asegurarse por quién.

Y hasta juró en su coraje  
Que al fin con culpa ó sin ella  
Iba á hacer en la doncella  
Grave escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion  
Con el galan que tenia  
En la hoguera moriria  
La mitad de la nacion.

Y ciego y sin atender  
A que era su sangre real  
Citóla ante un tribunal  
Como á una infame mujer.

Y para injuria mayor  
Pública haciendo su audiencia  
Compró la torpe insolencia  
De un villano acusador.

Llegó pues la hora fatal,  
Mandaron á la princesa  
Que bajara en faz de presa  
A dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,

Resistió... mas todo en vano;  
Delante el vulgo villano  
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena  
De vil y soez canalla  
Que siempre deleites halla  
En la pesadumbre ajena.

Se hizo notar con malicia  
De aquel juicio lo imparcial,  
Pues hasta la sangre real  
Se entregaba á la justicia.

Corria voz de que el rey  
No hallaba paz ni consuelo  
En lance tal, mas su celo  
Por la justicia y la ley.

A su pesar le arrastraba  
A no derogarla injusto,  
Porque atendiendo á su gusto  
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oia  
Engañado torpemente  
La voz alzaba insolente  
Y con descaro aplaudia.

Y oíanse carcajadas  
Groseras, y dicharachos,  
Y chanzas que entre borrachos  
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos  
La plebe en quien algo vale  
Porque con ella se iguale  
No escasea los sonrojos.

Y así ni aun para consuelo  
En tan injusto quebranto  
Para que oculte su llanto  
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,  
Doña Luz y avergonzada,  
¡Vergüenza centuplicada  
Por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura expuesta  
Con vilipendio brutal  
Al ojo y lengua carnal  
De la turba deshonestá...

Ah! corramos mas atentos  
Con su memoria nosotros

El velo que osaron otros  
Negar á sus sufrimientos!  
Corrámosle, que en verdad  
Le necesita y bien doble  
Para oír siendo tan noble  
Cual la acusan sin piedad.

Llamado el acusador  
Por los jueces, en voz alta  
Demandó á doña Luz, falta  
De aliento, en este tenor:

—«Yo, noble y paje del rey  
«Invoco aquí por tres veces  
«Del rey mismo, de sus jueces,  
«Y de su pueblo, la ley.

«Y ante ella, á esta dama acuse  
«Por mujer torpe y liviana  
«Pues su amor vendió villana...  
«Cuyas pruebas no rehusó.

«Y así en su justicia grande  
«El Dios sumo á quien apelo  
«Vea lo cierto en el cielo  
«Y si no me lo demande.»

Calló aquí el mal caballero  
Y al ver que en la turba inmensa  
No hay quien salga á la defensa  
Lo dieron por verdadero.

A doña Luz condenaron  
A morir en una hoguera  
Si desmentir no pudiera  
Lo que allí le demandaron.

Entonces la hermosa dama  
Mirándose sin amparo  
Pensó en vender lo mas caro  
Las pruebas contra su fama.

E hincando en tierra las dos  
Rodillas, con voz doliente  
Exclamó: «¡juro que miente  
Y apelo al juicio de Dios!»

Reinó un silencio solemne  
En la atenta muchedumbre;  
Y el juez segun la costumbre,  
«Si estaba firme y perenne

Y confiaba en su causa.»  
La preguntó á la princesa,  
Cuya voluntad expresa,

Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya séria consulta  
Fijóse un plazo de un mes  
Atenidos á él despues  
Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador  
El combate, si es que habia  
Caballero que admitia  
La lid del mantenedor,

Y tornaron otra vez  
Cada cual con su esperanza  
El rey á su ruin venganza,  
Doña Luz á su estrechez.

Y pues que nadie nos corre  
Y un mes tenemos de espacio  
Dejémosle á él en Palacio  
Y á doña Luz en su torre.

## LEYENDA SEGUNDA.

### LA PRINCESA DOÑA LUZ.

#### III.

#### EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,  
Lector, te place mi historia,  
Y hasta el fin quieres sabella,  
Fuerza es que vengas tras ella  
A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viaje,  
Ni habrá postas que pagar,  
Ni que hacer grande equipaje,  
Y á mas te daré carruaje,  
Con que déjate llevar.

Pues te advierto ¡oh! complaciente  
Lector (por si aun no lo sabe